

CUANDO AMOR Y ODIO CHOCAN EN LA BRUMA DEL INCONSCIENTE

CORAZÓN DE SIETE LEGUAS
KATHARINA WINKLER

Trad. de Richard Gross.
Periférica. 256 páginas.
20 € Ebook: 13,99 €



El trauma no tiene una forma propia de expresarse. Por su intensidad abrumadora no puede ser completamente asimilado por la conciencia ni integrado en la narrativa coherente de las vivencias comunes, y por eso rompe las costuras del lenguaje convencional. La novela de Katharina Winkler (Viena, 1979), inspirada en testimonios de mujeres víctimas de abusos sexuales durante la infancia, recorre esa «experiencia no reclamada» (según la jerga de los especialistas) que ocurre demasiado pronto para ser comprendida y solo se registra plenamente después.

Somos así espectadores de los balbuceos interiores de una niña de cinco años para quien el padre-violador es «el mejor papá del mundo». Esa imagen idealizada no se derrumba hasta que ella es capaz de reconocerse como víctima y señalar en voz alta a su abusador tras años de silencio impuesto, aunque la única respuesta sea la negación, tanto de

la madre —«Al principio mi madre no sabía nada. Y sin embargo lo sabía todo»— como del padre, revelado finalmente en toda su mediocridad y cobardía.

Lo que destruye por dentro a la protagonista es, ante todo, la dualidad depravada que, por su inmadurez, no puede discernir: quien la acuna, juega con ella y le descubre el mundo es el mismo que por las noches se cuela en su cama infantil. Winkler ensaya, en este *Corazón de siete leguas*, la variedad de sentimientos, impulsos, reflexiones, reacciones y tanteos de una mente agredida demasiado pronto y que pugna por dar sentido al malestar interior cuando amor y odio se confunden en la bruma del inconsciente. Ni siquiera cuando la protagonista se hace adulta y pone distancia —y con ella los intentos infructuosos de establecer relaciones íntimas— la herida se cierra. Antes ha atravesado un infierno de autolesiones, desmayos, ataques de ansiedad, pensamientos suicidas y paranoias que la distancian de los demás en la escuela, la universidad y el trabajo.

La prosa —o poesía— de Winkler no opera mediante un monólogo interior que fluya más o menos según la edad de la protagonista, sino a través de una acumulación sincopada de fragmentos y oraciones breves que caen sobre la página como gotas de plomo fundido.

El estilo es el de una anatomía de la disociación: sintaxis infantil (que avanza hacia la madurez cuando se atreve a nombrar) y repeticiones hipnóticas de canciones, rezos, listas y elementos mágicos como mecanismos de contención de un horror que desborda la capacidad comunicativa de la víctima. Hay una afinidad perversa con los cuentos de hadas, más evidente en las primeras etapas del abuso parental —y reaparecida en la primera aventura amorosa, cuando la narradora vuelve a sentirse «princesa»—, en las que las metáforas («la saliva mágica», el «néctar de las maravillas», el «juego del ratoncito», «el unicornio» o las «botas de siete leguas» que le permitirían huir lejos) codifican lo que aún no entiende y se obliga a aceptar. «Ya no sé dónde está el cielo y dónde el infierno», dice la niña.

El efecto es el de una realidad insoportable contaminada por la fantasía: un híbrido angustioso —porque el lector sí comprende que ella es un mero objeto de desahogo sexual del padre— que, paradójicamente, hace la violencia física y psicológica aún más tangible y repulsiva. Es una escritura táctil y sensorial en que la inocencia truncada de la voz narrativa actúa como un espejo roto que, en lugar de reflejar la vida, documenta minuciosamente su propia desintegración. Hasta entender, ya mucho después, que «la niña era la mujer del padre». ■

Por Marta Rebón

“Esta novela explora la variedad de sentimientos, impulsos y tanteos de una mente agredida demasiado pronto”

ENCUENTROS FASCINANTES DE LA HISTORIA. O NO

VEO EL MUNDO COMO UNA GRAN SINFONÍA
MIREYA HERNÁNDEZ

Pepitas de Calabaza.
208 páginas. 21,80 €



o es nada fácil hablar de *Veo el mundo como una sinfonía*, libro más reciente de Mireya Hernández (Madrid, 1981). Hablar del libro es fácil, porque contiene un montón de historias y personajes famosos y desconocidos, algunas de las piezas son casi crónicas, pero siempre con un aire como de leyenda, como de cuento contado antes de dormir, casi pensado para provocar sueños maravillosos. Nico, Emily Dickinson, Yuri Gagarin, Albert Einstein, Marcel Duchamp, László Krasznahorkai, Inge Morath, Iván Zulueta, entre otros, aparecen en las páginas del libro, que viene estructurado siguiendo las partes de una sinfonía: «Allegro», «Adagio», «Minueto» y «Finale». Lo que no resulta tan fácil es describir qué tipo de libro es.

La idea primera era escribir sobre encuentros entre personajes célebres, Groucho Marx y T. S. Eliot, Einstein y Gómez de la Serna... y de ahí fue expandiendo el concepto de encuentro y abriendo la puerta a los personajes no famosos. Por ejemplo, está la historia de un guardabosques al que le cayeron siete rayos a lo largo de su vida. Y alguna invención, de la que se avisa: la pieza sobre la amistad de Wilde y Toulouse-Lautrec, quizá sea exagerada. Escribe Hernández: «Además, por escrito todo está permitido: que los muertos hablen, incluso con los vivos, que se lleven bien, que brinden y beban, que tengan las manos grandes o huelan a cebolla frita. Como dijo el gran Ramón: 'La realidad es mentira'». Recoge también la historia de cómo se conocieron Béla Tarr y László Krasznahorkai, cómo cayeron las reticencias del escritor a las adaptaciones y cómo se forjó una amistad que ha dado grandes obras.

El libro es un híbrido, los materiales son diversos, hay entradas de diarios, de pronto una frase a modo casi de separador, historias más largas, otras desarrolladas en un párrafo, continuidades o apariciones fugaces. Hay intentos de cocreación con la IA, y personajes e historias guardianescas; motivos que se repiten o se anuncian. Cine, música, arte y literatura aparecen aquí mezclados —así lo están en la realidad—, la reescritura de *Desolation Row*, de Bob Dylan, resulta en un homenaje a Beckett. «En la canción —escribe Hernández en los agradecimientos—, los encuentros se multiplican y aparecen decenas de conexiones inesperadas».

Veo el mundo como una sinfonía es un libro de verdad único, que tiene a la vez una rara familiaridad y que parece llegado de un lugar lejano pero no del todo desconocido, y cuyo tema termina por ser el asombro. ■

Por Aloma Rodríguez

